

el desierto de esta vida; se hallan en el estado del error y de la ilusion, y no andan por el camino que conduce á la ciudad de Dios; asi es que se fatigan, desfallecen y caen en una miseria y pobreza formidables.

Infelices de los que creyéndose ricos se encuentran á la hora de la muerte pobres y cargados de deudas. ¿Qué remedio? Ocurre con tiempo á Jesus, Luz del mundo, por medio de su Madre Santísima, á fin de que nos dé á conocer la verdadera y sólida virtud, que, como ya hemos dicho, consiste en sujetarnos en todo y por todo á la voluntad de Dios, cumpliendo exactamente con las obligaciones del estado y profesion en que nos ha puesto, descubriendo por entre la espesa niebla del amor propio nuestra pasion dominante, y haciendo continuos esfuerzos hasta vencerla enteramente.



DOMINGO.

DE PENTECOSTES.

La festividad de Pentecostés, que celebramos hoy los cristianos, fué antes figurada por la que celebraban los judios: ésta y la de pascua son las únicas cuyo verdadero origen hallamos en el Antiguo Testamento, y por consiguiente las únicas cuya inmediata institucion podemos atribuir al mismo Dios, que ordenó á su pueblo celebrase la fiesta de pascua y la de Pentecostés como las dos principales solemnidades del culto religioso que le debia.

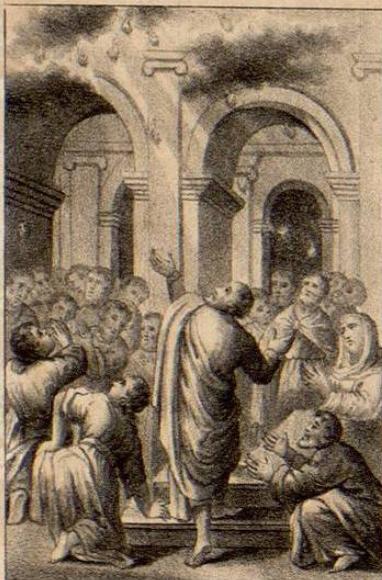
La fiesta de Pentecostés es la mayor de todas las fiestas del año, porque en ella vemos la perfeccion de la grande obra de la Redencion, la consumacion de todos los misterios de la religion, la publicacion solemne de la nueva Ley, y como el último sello de la nueva alianza. El Espíritu Santo fué enviado, dice San Agustin, para que su virtud consumase la obra que el Salvador habia empezado, para que conservase lo que el Salvador habia adquirido, y para que acabase de santificar lo



Sagrado Corazon de Maria.



N.ª S.ª de la Luz.



Domingo de Pentecostés



Nra. Sra. de los Desamparados.

que el Salvador habia redimido. Entre todas las criaturas no hay ninguna, dicen los Santos Padres, á que Dios se haya aplicado mas, por decirlo así, ni que le haya costado tanto como el hombre. Se puede decir que las tres divinas Personas han puesto todo su estudio en perfeccionarlo, en hacerlo admirable, y hacerse admirar ellas mismas en una obra tan excelente y tan acabada, como lo vemos en la festividad de hoy. El Padre lo delineó, por decirlo así, criándolo; el Hijo lo perfeccionó, redimiéndolo, y el Espíritu Santo lo acabó, santificándolo. El Padre, formando al hombre, le dió la razón para conocer, el apetito para amar, la libertad para obrar con mérito: el Hijo, reformando á este mismo hombre, le dió la fé para gobernar su razon, la caridad para dirigir y rectificar su apetito, la gracia para fortificar su libertad; y el Espíritu Santo para consumir esta obra añade la inteligencia á la fé, el ardor y el celo á la caridad, la fuerza y la magnanimidad á la gracia; de suerte, que puede decirse que el Padre nos hizo hombres, que por Jesucristo hemos sido hechos cristianos, y que el Espíritu Santo nos hace santos. Este es en algun modo la sustancia de este gran misterio.

No ha habido, ni habrá jamas, analogía mas perfecta entre la figura y la realidad, que la que se encuentra entre la fiesta de Pentecostés de los judios y la de los cristianos. La primera fué prescrita el dia cincuenta despues de la ceremonia de la pascua, ó del cordero pascual; y la segunda la celebramos al dia cincuenta despues de pascua de Resurreccion. La publicacion de la Ley de Dios, hecha sobre el monte Sinai el dia cincuenta al ruido de truenos, de relámpagos y de trompetas, era, segun los Santos Padres, el objeto principal de la Pentecostés judáica; y la publicacion de la Ley nueva, dada á los apóstoles por el Espíritu de verdad despues del mismo número de dias al ruido de un viento impetuoso, en el resplandor deslumbrador de una exhalacion inflamada, hace el principal objeto de la Pentecostés de los cristianos. San Agustin prueba, por las mismas Escrituras, que el dia de Pentecostés que celebraban los judios fué el dia en que le fué dada á Moisés la

Ley de Dios en el monte Sinai. Y el dia de Pentecostés se cumplió la promesa que Dios habia hecho en otro tiempo por el profeta Jeremías, cuando le dijo, que les daría una nueva Ley mucho mas perfecta que la primera que tantas veces habian quebrantado. "La nueva alianza que haré con la casa de Israel cuando haya llegado este tiempo, no será como la que hice en lo antiguo. No escribiré esta nueva Ley en tablas de piedra: la imprimiré y la escribiré yo mismo en los corazones. Ya no se me servirá con un temor servil, sino por amor: yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." El profeta Exequiel anuncia y expresa este gran misterio con términos todavía mas claros y más enérgicos: "El Señor os dice: Derramaré sobre vosotros una agua limpia, y sereis purificados de todas vuestras manchas." Alude á las diversas aspersiones usadas entre los judios, que purificaban de las manchas, y eran figuras del bautismo y de la penitencia, que nos lavan de nuestras culpas por los méritos del Salvador y por la infusion invisible del Espíritu Santo y de su gracia: os daré entonces un corazon nuevo, y pondré en medio de vosotros un espíritu nuevo: os quitaré ese corazon de piedra, ese corazon duro, ingrato, indócil, y os daré un corazon blando, dócil y agradecido. Finalmente, os daré mi Espíritu y entonces hallareis gusto en mi Ley, y caminareis gozosos por el camino de mis preceptos. Ninguna cosa os será ya difícil en mi servicio, guardareis mis mandamientos con fidelidad y con gozo. Todas estas predicciones se verificaron tan á la letra, todas estas promesas se cumplieron tan visiblemente el dia de Pentecostés por la venida del Espíritu Santo, que parece no es menester sino usar de las luces de la razon para quedar convencidos de la publicidad y de la verdad de este gran misterio.

Habiendo llevado el Salvador á sus apóstoles y discípulos al monte de los Olivos el dia de su gloriosa Ascension, para hacerlos á todos testigos de su triunfo, les prometió enviarles el Espíritu consolador, que derramaria sobre ellos todos sus dones, de los cuales quedarian llenos todos ellos, con cuyo auxilio comprenderian todas las verdades que él les habia enseña-

do; que abrasados entonces de aquel divino fuego, é ilustrados de las mas puras luces de la gracia, se les infundiria un valor indecible y una fortaleza que los haria vencer sin trabajo los mayores obstáculos; que entonces predicarian con una santa osadía y un suceso maravilloso su Nombre y su Evangelio en medio de Jerusalem, en toda la Judéa, en Samaria y por toda la tierra: pero que para disponerse á recibir un tan gran don del cielo, les intimaba se fuesen á encerrar en Jerusalem, y pasasen en retiro y en oracion los diez dias que faltaban. Este orden fué ejecutado religiosa y exactamente. Habiendo Jesucristo subido al cielo del modo que dijimos el dia de la Ascension, los once apóstoles y los demas discípulos en número de ciento veinte, en los cuales consistia entonces toda la Iglesia, teniendo á su frente á la Santísima Virgen, que era todo su consuelo, se retiraron á Jerusalem y se encerraron en una casa grande que habian elegido para su retiro. El parage principal de esta casa era el Cenáculo, este era una gran sala en lo mas alto de la casa, sitio retirado lejos del ruido y muy apropósito para hacer oracion. Esta sala fué la primera iglesia en que los cristianos tenian sus juntas, en una de las cuales se resolvió llenar el puesto que en el colegio apostólico se hallaba vacante por la apostasia y muerte de Júdas; cuyo puesto ocupó San Matías, habiendo caido sobre él la suerte que echaron para este fin.

Mas habiendo llegado este dia, llamado de Pentecostés, y estando congregados en el Cenáculo todos los discípulos con la Madre de Dios, á eso de las nueve de la mañana, estando en oracion, se oyó derepente un gran ruido como de un viento impetuoso que conmovió la casa y se hizo oír en toda la ciudad. Este ruido, este viento y esta impresion sensible eran símbolos de la presencia de la Divinidad, así como antiguamente en el Sinai los truenos, los relámpagos y el monte echando humo significaban la Magestad de Dios hecha como sensible. Pero lo que sucedió á la sazón fué todavía mas prodigioso. El viento ó torbellino que venia del cielo fué acompañado de uno como

globo de fuego, cuyas llamas habiéndose separado repentinamente en forma de lenguas de fuego, se derramaron sobre toda aquella santa congregación y se pusieron como de asiento sobre la cabeza de cada uno de ellos. Lo que se veía no era un fuego real y material, sino unas señales esternas y unas apariencias sensibles de los efectos que el Espíritu Santo producía interiormente en cada uno de los discípulos, y que había de producir en el corazón de los primeros fieles, llenándolos de sus dones. En efecto, todos los apóstoles y discípulos llenos del Espíritu Santo, se sintieron al mismo instante abrasados de aquel divino fuego, ilustrados de todas las luces sobrenaturales que les daban una perfecta inteligencia de los más altos misterios y de las más sublimes verdades, animados de un valor y de una santa osadía no conocida hasta entonces, y finalmente, como convertidos de repente en otros hombres.

Había entonces en Jerusalem una infinidad de Judíos que habían concurrido de todas partes á celebrar la fiesta de Pentecostés. Estos judíos extranjeros se juntaron con los de la ciudad y acudieron al ruido que habían oído, de suerte que el Cenáculo fué bien presto rodeado de una multitud de gentes de diversas naciones. Los apóstoles, que solo buscaban cómo comunicar el divino fuego de que estaban abrasados sus corazones, no aguardaron á que se les hiciese salir de su retiro, sino que se presentaron por sí mismos delante de todo aquel pueblo, no habiendo una persona que no quedase sorprendida al ver que unos pobres pescadores que apenas sabían la lengua del país, hombres idiotas, groseros y estúpidos, predicaban públicamente á Jesucristo con una intrepidez, una elocuencia y una unción que movían á todo el pueblo. Pero fué mucho mayor el pasmo, cuando todos aquellos diferentes pueblos, cada uno de un lenguaje enteramente diverso, advirtieron que cada cual los entendía, aunque no hablaban sino una sola lengua, que era la siriaca. El don de lenguas que recibieron entonces todos los que habían recibido al Espíritu Santo, consistía en que podían hablar y entender las diversas lenguas de todos los pueblos con quienes debían tener trato y comunicación; y lo que

todavía era más de admirar, es, que hablando una sola lengua se hacían entender de todos los diferentes pueblos que los oían; de suerte que cada uno creía que hablaban la lengua de su país, aunque no hablasen sino la siriaca. Se obró, pues, entonces un duplicado milagro con los apóstoles, ya porque hablaban la lengua griega, persiana ó romana, cuando hablan á un griego, á un persa ó á un romano en particular, y ya porque hablando á todos estos diferentes pueblos en general, cada uno de ellos les oía hablar su lengua, aunque no hablasen entonces sino en la lengua nativa de su propio país; lo cual aturdió á aquella multitud y los hizo decir: ¿qué es esto que vemos? Jamás se vió cosa igual. ¿Estos hombres no son todos galileos? ¿cómo, pues, les oímos hablar el lenguaje de nuestro país? Á la verdad, todos nosotros somos judíos, si no de nacimiento, á lo menos de religión, pero de país y lenguaje muy diferentes.

Viendo San Pedro el pasmo que causaba aquel prodigio en todos los espíritus, levantó la voz para que todos le oyesen, y como Vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia, empezó á desenvolverles y revelarles el misterio que se estaba cumpliendo. Vosotros todos, les dijo, los que os preciáis de haber nacido judíos, ó que habeis abrazado el judaísmo, y que os hallais hoy juntos en Jerusalem, escuchadme. La causa de estas maravillas que veis y que os causan tanta admiración, no es lo que algunos de vosotros piensan: lo que admirais tanto en nosotros, y lo que acabais de oír, no es un efecto de la embriaguez como discurreis; sabeis muy bien que los días de fiesta, como lo es el que hoy celebramos, no es permitido comer ni beber antes de medio día, y ahora no son más de las nueve de la mañana: sabed, pues, que lo que veis y no comprendéis es el cumplimiento de la promesa que el Señor hizo antiguamente á su pueblo, por boca del profeta Joel, es á saber: "Que en los últimos tiempos haría bajar su Espíritu sobre toda carne, sobre sus siervos y siervas: que les daría el don de profecía y el de milagros, y que los llenaría de sus dones." Todo esto acaba de cumplirse en las personas de aquellos en quienes admirais tan-

tos prodigios. Y aprovechándose el apóstol de la disposición en que estaba aquella gente y de la atención con que lo oían, les hizo un sermón tan sólido, tan enérgico y tan luminoso, que no se sabía si el que les hablaba era hombre ó algún ángel: les probó la divinidad de Jesucristo del modo mas incontestable: trajóles para ello infinitas pruebas y el testimonio irrefragable de los profetas. No les disimuló su pérfida y sacrílega osadía en el Deicidio que habían cometido en la persona del Salvador, del verdadero Mesías, á quien habían crucificado: les demostró su gloriosa y triunfante Resurrección: les hizo ver por las mismas sagradas Escrituras, de que la Sinagoga había sido depositaria de toda la historia evangélica hasta la venida del Espíritu Santo, con todas las circunstancias de que este último misterio está acompañado. A tal sabiduría, á tan claras y convincentes demostraciones, al prodigio del don de lenguas, y al de ver convertidos en sapientísimos doctores á aquellos pobres pescadores, cuya rudeza había sido bien notoria, no podía menos que seguirse un efecto no comun. Tal fué de luego á luego la conversión de tres mil personas: nadie ignora las pasmosas maravillas que se siguieron á ésta. ¡Qué de milagros! ¡qué de conversiones admirables en medio de Jerusalem! ¡qué de prodigios en toda la Judéa, en Samaria, y conforme á la palabra de Jesucristo, en todo el mundo! Eran precisos los milagros para establecer la Iglesia de Jesucristo; ¿pero cual mayor que el mismo establecimiento de esta Iglesia? Doce pobres pescadores, sin armas, sin dinero y sin apoyo acometen la empresa de establecer en todo el mundo una Religión nueva, comenzando la obra por destruir y condenar todas cuantas creencias y sistemas de religión había en el gentilismo, esparcido por todo el mundo, y por declarar concluida ya y sin misión ni autoridad la antigua Sinagoga. Ellos, además, predicán una Religión cuyos misterios son incomprensibles, cuya moral es rígida y austera, cuyos bienes son invisibles, como que son espirituales, cuyas promesas miran á una felicidad futura en la otra vida; y á pesar de todo esto y de la obstinada resistencia que desde luego le hacen los reyes y los pueblos de la tierra,

á fuego y sangre y de mil otras maneras, á pesar de las preocupaciones é inveterada fuerza del error, la Religión de Jesucristo se funda y establece, se arraiga, crece y se dilata hasta llenar los ámbitos todos de la tierra, y dura y permanece desde el gran día de Pentecostés, en que el Espíritu Divino la publica y promulga, hasta el día también grande y tremendo en que el Divino Juez Jesucristo, acompañado de aquellos sus apóstoles, venga á pedir los frutos de santificación que ha debido producir el mundo, regalado con una Religión toda divina. Buscad, pues, otro mayor milagro. Este milagro es permanente, y subsistirá hasta la consumación de los siglos; y este milagro es el maravilloso efecto de la bajada del Espíritu Santo en este día.

El introito de la misa de este día es como el resumen de todo este gran misterio: está tomado del primer capítulo del Libro de la Sabiduría y muy bien aplicado á la festividad de hoy. *El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra, y como contiene todas las cosas, tiene la ciencia de la voz.* La santa Iglesia, dirigida y enseñada por el Espíritu Santo, se ha difundido por todo el mundo. Este Espíritu vivifica á todos los que viven debidamente dentro de ella. Los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, la han difundido por todo el orbe, propagándose admirablemente el Evangelio. La Iglesia todo lo llena: caen las aras levantadas á las falsas deidades, y los templos dedicados á éstas se convierten en lugares de propiciación, santificados con la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Con razón añade nuestra Madre la Iglesia aquellas palabras del salmo sesenta y siete: *Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen.*

La epístola contiene la historia del misterio como la acabamos de referir.

El evangelio se tomó del sermón que Jesucristo hizo á sus apóstoles la víspera de su muerte, después de la última cena, como lo refiere San Juan: "Si alguno me ama, pondrá por obra mis palabras; mi Padre le amará; le visitaremos y estableceremos en él nuestra morada. Porque los que me aman,

guardan mis palabras y preceptos y obran segun mis máximas, ganarán de tal modo el corazón de mi Padre y el mio, que no solo vendremos á ellos, sino que estableceremos en ellos nuestra morada por la gracia de la perseverancia que les concederemos." Jesucristo da aquí la razon por qué no se da á conocer al mundo, es decir, á los mundanos, de aquella manera que promete darse á conocer á sus apóstoles; y es, porque el mundo no le ama, pues no guarda sus mandamientos. Pero sabed, continúa el Salvador, que esta celestial doctrina que he venido á enseñar sobre la tierra, no es mia solamente, es tambien de mi Padre, y nos es comun á entrambos. Ved aquí, añadió, todo lo que tenia que decir os antes de dejaros; pero el Espíritu Santo, aquel divino Consolador que mi Padre os enviará en mi nombre y por mis ruegos, os dará la perfecta inteligencia de las verdades que os he enseñado y vosotros no habeis podido comprender. El os desenvolverá todos estos grandes misterios, él os hará comprender el verdadero sentido de la Escritura. La paz os dejo, y la paz que yo os doy, es una paz sólida y eficaz, con la seguridad de recibir todos los bienes que podeis desear. Y guardaos bien de dar entrada en vuestro corazón á la inquietud y al temor por mi salida de este mundo. Si mirais por vuestro propio interés, acordaos de lo que os he dicho. Me voy y vuelvo a vosotros. Y si me amais, debeis alegraros, pues no os dejo sino para ir á mi Padre, al cual, en cuanto hombre, soy inferior en dignidad, en poder y en perfeccion. Bien se deja conocer que en esto que dice el Salvador, no habla de sí sino en cuanto hombre; habia hablado bastante de su divinidad, por la que es igual en todo á su Padre, pues el Padre y él son una misma cosa. Esto os lo he dicho ahora, continuó Jesus, y he creido deberos advertir con tiempo que me vuelvo á mi Padre, no para afligiros, ni para suavizar mi pena excitandoos á la compasion, sino con el fin de afirmaros en la fé sobre lo que mira á mi persona y doctrina; por lo demás, estad bien persuadidos que por mas que haga el demonio, este pretendido príncipe de este mundo, contra mí y contra vosotros, por el ministerio de los que se han hecho sus esclavos, no tiene nin-

gun poder respecto de mí, ni tampoco ejerce su malicia sobre mis siervos, sino cuando yo lo permito para darles ese motivo mas de mérito. Sin embargo, quiero permitirle que ejerza sobre mí las mayores crueldades, para que vea el mundo hasta qué extremo amo á mi Padre, que desea que yo satisfaga plenamente á su justicia por los pecados de los hombres, y que no padezco ni muero, sino por hacer su voluntad y para agradecerle.

La epístola es del capítulo II de los hechos de los apóstoles.

Al cumplirse los dias de Pentecostes, estaban todos juntos en un mismo lugar, cuando de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplabá, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos. Entonces fueron llenos todos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca. Había á la sazón en Jerusalem judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones del mundo. Divulgado, pues, este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos al ver que cada uno oía hablar á los apóstoles en su propia lengua. Así pasados todos y maravillados, se decían unos á otros: ¿Por ventura estos que hablan no son todos galileos? ¿Pues cómo es que los oimos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia y del Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes, los oimos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios.

El evangelio es del capítulo XIV de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cualquiera que me ama, observará mi doctrina; y mi padre le amará, y